


Ricardo Piglia durante una cátedra en el COLMEX en noviembre de 2013. Fotografía: Ivonne Sánchez Becerril

# Emilio Renzi, *Private Eye*

Héctor Fernando Vizcarra



EMILIO RENZI, EL CHICO QUE HACE UN TIEMPO CUBRÍA LA NOTA ROJA para el periódico *El Mundo*, desde joven aprendió y enseñó a leer la narrativa de detectives de forma excéntrica, como antes había hecho Borges. La diferencia entre ambos (una de ellas) es que Renzi entendió que el relato policial encubre misterios ontológicos, pues el detective, más que buscar la resolución del enigma, busca la explicación de sí mismo en su contexto, mientras que Borges, interesado en la metafísica, acorraló al detective en laberintos trascendentales, atemporales.

Emilio Renzi, el que de muchacho cubría la sección de noticias sangrientas en *El Mundo*, descubrió el problema que subyace en todo relato policial, bueno o malo: la paranoia que sufre el investigador durante el proceso de búsqueda, la posibilidad de encontrar en el lenguaje de los locos atisbos de lucidez frente a lo insensato de los estados represores. Como todos los detectives, los buenos y los malos —sobre todo los buenos—, Renzi se tiró el lujo de errar goles cantados en algunas de sus pesquisas, de ser un detective fallido. Porque a final de cuentas, aprendimos con él, el investigador está condenado a buscarse en el trayecto hacia la verdad y extraviarse en los enigmas.

Y entonces resulta que el reportero Emilio Renzi, también, un día, decidió escribir novelas y cuentos policiales. En sus aventuras, Renzi y sus lectores aprendimos que ciertos detectives caerán en el delirio por el saber, en el culto al *knowledge* y en la fascinación morbosa por el plagio literario. Su *alter ego*, Ricardo Piglia, firmaba esos textos y en tiempos recientes fue profesor en Princeton, dio conferencias, entregó a sus editores nuevos aprendizajes en forma de diarios. Haciendo de portavoz de Renzi, dictó cátedras sobre cómo leer a Juan José Saer, a Rodolfo Walsh, a Manuel Puig y otros argentinos excéntricos, sobre edición y cultura literaria, sobre narrativa de vanguardia y, obviamente, sobre el oficio del detective literario.

La ficción policial, incluso la buena, suele anular el gozo de la relectura. Si el placer de la trama se concentra en llegar a la sorpresa de las últimas páginas, una vez conocido el origen del misterio, la relectura se vuelve innecesaria. El asesino es el gato, la abuela, el vecino; el libro se cierra, el misterio se termina, adiós, el que sigue. En las aventuras policiales de Renzi sucede lo contrario. Tirando gambetas en cancha ajena, se dio el lujo de incorporar las historias policiales a la solemnidad de la literatura latinoamericana. Sacando provecho de su faceta como director de la colección Serie Negra de la editorial Tiempo Contemporáneo (Buenos Aires, 1969-1975, 12 tomos), ideó primero el cuento “La invasión”, luego “La loca y el relato del crimen”, “Tierna es la noche”, “Un pez en el hielo”. También novelas: *Respiración artificial*, *Blanco nocturno*, y finalmente *El camino de Ida*. A lo largo de esas páginas, en un recorrido de aprendizaje prolongado, el detective Emilio Renzi apareció para trastornar los modos en que entendemos las ficciones policiales. En el transcurso latinoamericano de dictaduras, revoluciones contrahechas, pseudodemocratización, esfuerzos por no olvidar masacres, aprendimos con Emilio Renzi a enfrentar esos avatares bajo un modelo narrativo de masas surgido del capitalismo. Porque el crimen dice mucho de la sociedad donde se gesta, pero aún más del detective que decide hacerle frente. Quizá por ello la emoción de leer las aventuras de Renzi se multiplica en la relectura. Algo así como ver muchas veces la repetición de los viejos goles del equipo propio, desde todos los ángulos posibles.

En el texto titulado “Nombre falso”, Emilio Renzi persigue un cuento inédito de Roberto Arlt. Su carrera y su prestigio como crítico depende de ello. Es el encargado de preparar una edición anotada del trabajo del autor de *El juguete rabioso*. El relato desconocido se llama “Luba”. Alguien lo encontró en un cajón del taller abandonado de Arlt, donde éste pretendía fabricar medias irrompibles y hacerse millonario con su invento. Dice Renzi, en otro texto, que todas las buenas novelas policiales basan su intriga en el dinero: el robo, el asesinato, hasta las muertes pasionales, tienen que ver con el anhelo de riqueza. Por eso, en “Nombre falso,” Emilio Renzi, obsesionado por su epistemofilia, compra los papeles con el relato inédito a un precio exagerado. Al terminar de leerlo no le parece tan bueno, pero eso importa poco. Para el investigador literario la calidad es casi prescindible, con tal de que esté impregnado del aura del autor; con tal de que satisfaga su curiosidad y su deseo de conocimiento a veces inútil. El objeto de estudio termina por devorar al detective. “Luba”, el cuento enigmático, es una estafa parcial. Sí, Roberto Arlt lo escribió (Renzi, erudito, reconoce la letra manuscrita de Arlt), pero no es de su autoría. En sentido estricto, tampoco es una copia del original, *Las tinieblas*, de Leónidas Adreyev, sino una copia mal urdida

de la traducción del relato del escritor ruso. El *Private Eye* Emilio Renzi, en uno de sus casos más extravagantes, se enfrenta a un metaplagio que, entre otras cosas, le ha costado bastante dinero y las burlas de quien lo engañó. Se trata, quizá, de uno de los mejores ejemplos de la literatura policial en que el detective es el personaje menos intuitivo de su propia novela.

Pasaron varios años para que la crítica literaria se diera cuenta del engaño abismado que se halla en “Nombre falso”. Fue entonces cuando le llamaron metaplagio. Varios críticos, entre ellos Ellen McCracken, profesora estadounidense, se disputaron airadamente el descubrimiento. La polémica de la lectura “correcta” del relato de Renzi se extendió a congresos especializados y a decenas de páginas de revistas académicas. Nadie notó que el verdadero plagiado era, en última instancia, el traductor de *Las tinieblas*, Nicolás Tasin.

El espectro de la paranoia recorre los escritos de Renzi. Algo comprensible tratándose de alguien que conocía a profundidad los secretos de la ficción de detectives literarios y la tradición sangrienta de la literatura argentina. La novela policial, después de Renzi, tiene una veta poco explorada en América Latina, con todo y su profusión de realismo y su retrato de la violencia contemporánea. Se trata de una novela policial que versa sobre la lectura, los textos ausentes, los mensajes codificados sobre la realidad. Es probable que el flujo editorial del género continúe absorto con las narraciones sobre narcos y sicarios, algo cada vez más normalizado. A esa medida estándar se contrapone el trabajo de Renzi, que desde la redacción del periódico *El Mundo* ejerció investigaciones personales sobre la barbarie a pequeña escala que le afectaban y, a nosotros, nos sigue afectando, porque “a Emilio Renzi le interesaba la lingüística —dice el comienzo de ‘La loca y el relato del crimen’— pero se ganaba la vida haciendo bibliográficas en el diario *El Mundo*: haber pasado cinco años en la Facultad especializándose en la fonología de Trubetzkoi y terminar escribiendo reseñas de media página sobre el desolado panorama literario nacional era sin duda la causa de su melancolía”.

Por eso, ahora que Renzi no volverá a escribir policiales ni en el periódico ni en libros, quizá el mejor homenaje que podemos hacerle en México no es releerlo, sino recuperar la lectura de los demás excéntricos argentinos sobre los que su *alter ego* dictó conferencias y, de modo implícito, consideró sus maestros: Juan José Saer, J. Rodolfo Wilcock, Fogwill, Osvaldo Lamborghini, Osvaldo Soriano. Todos ellos, sin distinción, mucho menos conocidos y mucho menos mimados por la crítica como lo es, y seguirá siéndolo por largo rato, Ricardo Piglia. ■